

G. A. COHEN, *Lectures on the History of Moral and Political Philosophy*, edited by Jonathan Wolff, Princeton University Press, Princeton, 2014. 360 páginas.

Gerald Allan Cohen falleció en 2009 a la edad de sesenta y ocho años (p. 327). Su pérdida es la de uno de los grandes filósofos analíticos que participaron en el intenso y fructífero debate abierto por y en torno a la *Teoría de la Justicia* de John Rawls (1921-2002)¹. Es también la de uno de los mayores expertos y más audaces intérpretes de la obra de Karl Marx (1818-1883). Fue fundador junto a académicos como Jon Elster o Adam Przeworski del denominado *marxismo analítico*: matrimonio imprevisto y exitoso entre, por un lado, el avanzado y riguroso razonamiento de la filosofía analítica y, por otro, las preguntas, intuiciones morales y terminología propias de la tradición marxista².

Sus orígenes en una humilde y fervientemente socialista familia judía de Quebec y su formación universitaria en la Universidad de Oxford, representante en aquellos años sesenta de la deslumbrante filosofía analítica (pp. 327-328), tenían que impulsarle hacia la hercúlea tarea de salvar al agotado y vapuleado pensamiento marxista a través del riguroso (pero mutuamente hostil al marxismo) método de los filósofos analíticos.

Dos de sus principales pupilos, Michael Otsuka y Jonathan Wolff, asumieron la tarea de editar una serie de títulos póstumos que recopilasen distintos textos de su obra (p. vii). Otsuka se ocupó de los dos primeros: *On the Currency of Egalitarian Justice and Other Essays in Political Philosophy* (que contiene algunos de sus mejores artículos) y *Finding Oneself in the Other* (con un marcado carácter autobiográfico)³.

Wolff, el editor de la obra que cierra esta serie, consigue con su selección de textos y a través de un prefacio y un epílogo muy cuidados, mostrarnos una faceta de Cohen poco conocida: la de profesor de historia del pensamiento político y moral. Mientras que el prefacio destaca por una minuciosa labor de rastreo de las fechas y vaivenes en la producción de estas lecciones y artículos, en el último capítulo titulado “G. A. Cohen: A Memoir”, Wolff nos presenta el conjunto de toda su obra a través de los sucesivos contrincantes teóricos con los que se fue topando⁴.

Este último libro comparte el carácter analítico y polémico de los anteriores así como la atención a las preocupaciones tra-

¹ Roberto GARGARELLA, *Las teorías de la justicia después de Rawls*, Paidós, Barcelona, 1999, pp. 79-85.

² E. O. WRIGHT, *Interrogating Inequality: Essays on Class Analysis, Socialism and Marxism*, Verso, London, 1994, pp. 178-198.

³ Ambos publicados por Princeton University Press, en 2011 y 2013 respectivamente.

⁴ La trayectoria teórica de Cohen queda mucho más clara tras leer estas páginas y entender que si escribió *Karl Marx's Theory of History: A Defence* fue porque consideraba que el marxismo estaba amenazado desde dentro por oscurantistas teóricos encabezados por Louis Althusser (1918-1990) y, desde fuera, por filósofos analíticos como John Plamenatz; o que si se convirtió en el

dicionales del marxismo. Sin embargo, difiere en el objeto de la polémica. En este caso son las obras de varios autores clásicos; al menos en la parte primera y más importante, configurada por sus lecciones. La segunda parte es un cajón de sastre consistente en una recopilación de artículos que representan la conocida faceta de Cohen como intérprete y clarificador de Marx. Esta heterogeneidad es seguramente el problema central de este libro. No hay partitura alguna que conecte ni lo que Cohen plantea sobre cada pensador clásico ni a estos con los artículos sobre Marx⁵.

La primera parte, a través de grandes clásicos del canon de la filosofía, viaja desde la Grecia Clásica, continúa por la Gran Bretaña que alumbró el liberalismo, y arriba a la Ilustración alemana y sus críticos. El capítulo 1 es desde mi perspectiva uno de los más afortunados. En él se presenta y se contextualiza el pensamiento de los presofistas, los sofistas, Sócrates (470-399 a. e. c.), Platón (*ca.* 427-347 a. e. c.) y Aristóteles (384-322 a. e. c.), entendido dentro de una evolución filosófica desde la tradición (presofista), la revolución (sofista) y la reacción (de los tres grandes pensadores griegos). De forma valiente, Cohen atribuye a los sofistas los galones de fundadores de la crítica y la teoría social y política. La desnaturalización que

estos hacen de las divisiones sociales y las instituciones políticas abre la puerta a un pensamiento práctico, dirigido a cambiar la realidad (pp. 3-22).

El capítulo 2 sobre Thomas Hobbes (1588-1679) conecta directamente con el artículo contenido en el capítulo 12. El interés central de Cohen consiste aquí en micro desvelar ciertas incoherencias del constructo hobbesiano. Los capítulos 3 y 4, centrados en las obras de John Locke (1632-1704) y David Hume (1711-1776) respectivamente, giran alrededor del contrato social lockeano basado en la protección de unos derechos naturales que aseguran la libertad del individuo. El capítulo 5 sobre la ética de Immanuel Kant (1724-1804), combina una presentación de su distinción entre los dos usos de la razón — el teórico y el práctico— (pp. 138-145) con una crítica a las incoherencias y problemas de tan rígida separación. A estas alturas del libro, el propósito crítico de Cohen, su labor de “experto demolidor” (p. 342), ha eclipsado todo lo demás. Sin embargo, los benévolo capítulos sobre G. W. F. Hegel (1770-1831) y Friedrich Nietzsche (1844-1900), dan cierto respiro a un lector quizás aturrido ante tal despiece de los clásicos. Tras haber introducido el idealismo hegeliano en oposición a Kant, Cohen da cuenta de la dialéctica del

defensor teórico más refinado del igualitarismo fue porque el libertario Robert Nozick (1938-2002) y los liberales Ronald Dworkin (1931-2013) y Rawls le empujaron con sus potentes reflexiones a ello (pp. 328-340). *Karl Marx's Theory of History: A Defence* (1978) (Princeton University Press, Princeton, 2001) fue la gran obra que le consagró a finales de los setenta y que se considera como el pistoletazo de salida del marxismo analítico.

⁵ Igualmente, aparecen agravados los inconvenientes típicos de toda obra publicada a título póstumo en cuya edición no ha participado el autor: los textos en la mayoría de los casos no son definitivos. Esto se evidencia de forma significativa y censurable en las últimas páginas del capítulo cinco sobre Kant (pp. 177-182).

maestro y el esclavo contenida en *Fenomenología del Espíritu*⁶. El capítulo sobre Nietzsche resulta especialmente sorprendente. Lo es tanto por el aparente alejamiento entre el comentado y el comentarista como por la enfática defensa —basada en un profundo conocimiento biográfico— que el primero hace del segundo frente a las recurrentes críticas *ad hominem* que tratan de anular al pensador alemán haciendo referencia a su enfermedad mental o a su supuesto protonazismo.

La parte segunda contiene valiosos pero inconexos artículos en los que Cohen asume uno de sus roles favoritos: el de traductor de Marx para una época que empieza a no entender su lenguaje o a dudar de la plausibilidad de sus ideas. En el capítulo 8 titulado “Bourgeois and Proletarians”, el autor reconstruye a partir de una pluralidad de obras de Marx la idea de la compartida alienación de los burgueses y de los proletarios⁷. La inclusión del noveno capítulo, “The Workers and the Word: Why Marx Had the Right to Think He Was Right”, pone a nuestro alcance un texto largamente inaccesible por haber sido publicado en la revista yugoslava *Praxis* (p. ix). En él, Cohen defiende al autor ale-

mán de la conocida acusación de no aplicar a su propia obra la sospecha ideológica que extiende contra el pensamiento político como representante de un determinado grupo social (y no como búsqueda sincera de la verdad). El décimo capítulo, “Reply to Elster on ‘Marxism, Functionalism, and Game Theory’” es exactamente lo que indica su título: un episodio más de la larga controversia entre los dos principales representantes del marxismo analítico, en torno a la posición que este debe adoptar frente a las explicaciones funcionalistas.

A partir de una caracterización de Cohen como polémico marxista y audaz filósofo analítico, es posible hacer unas breves consideraciones sobre las cualidades y los problemas de esta obra. Desde el primer perfil, Cohen, con su atención a ciertas cuestiones concretas⁸, no pretende dar cuenta en ningún momento del conjunto de la teoría de los autores clásicos comentados ni de dar coherencia a lo tratado en los distintos capítulos. Muchas de las cuestiones en las que Cohen penetra responden a preocupaciones clásicas de la literatura marxista⁹. Su adscripción al marxismo siempre ha ido acompañada de una

⁶ G. W. F. HEGEL, *Fenomenología del espíritu*, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 1994.

⁷ Con una magnífica analogía nos hace entender la fundamental diferencia entre la alienación de los unos y la de los otros. Pongamos que estar alienado equivale a tener un cuerpo débil. El burgués a pesar de no poseer un cuerpo fuerte y esbelto, cuando se mira en el espejo, se engaña ya que sus presuntuosas ropas —su sensación de control— le llevan a estar aparentemente satisfecho con su situación. El proletario, sin embargo, ve en el espejo el reflejo real de su debilidad y, por tanto, desea escapar de ella convirtiéndose así en el sujeto potencialmente revolucionario (p. 350).

⁸ Ejemplos evidentes de esta idea son sus capítulos sobre Hobbes, Locke, Hume, Kant y Hegel.

⁹ Por ejemplo, en la relación entre la evolución filosófica y política de Atenas impulsada por los sofistas, Cohen ve —y no está solo en ello— un reflejo de lo ocurrido con las revoluciones liberales de los siglos dieciocho y diecinueve. En ambas épocas una nueva clase emergente necesitaba una concepción filosófica que respondiese a sus intereses. Igualmente, entre otros elemen-

concepción dialéctica del pensamiento filosófico (pp. 327-343). Este método consiste —desde su punto de vista— en interiorizar en la propia creación teórica individual el ritmo de un diálogo que anticipe lo que nuestro adversario filosófico presumiblemente nos opondría y que, en consecuencia, busque la producción de una síntesis entre los planteamientos de ambos (pp. 237-238). Tal requerimiento se lo aplica a él mismo cuando dirige críticas contra sus contemporáneos¹⁰. Además, trata de localizar algo similar en las obras de los clásicos¹¹.

Atendiendo al segundo perfil, Cohen muestra el utillaje típico de la filosofía analítica a lo largo de toda la obra. La teoría de juegos, basada en un individualismo metodológico que busca las micro-justificaciones del comportamiento social, le permite desvelar las variadas —e incoherentes— argumentaciones que podrían estar en la mente de Hobbes cuando considera que el estado de naturaleza es un estado de guerra (pp. 66-87). Los artículos de la parte segunda, así como las lecciones sobre Locke, Hume y Kant, muestran tam-

bién el proceder característico de la filosofía analítica: atención a las normas científicas convencionales, conceptualización sistemática, especificación de los pasos que se dan en cada nivel argumentativo, etcétera¹². Por otra parte, la celebrada capacidad que tiene Cohen para reconstruir teorías ajenas o para cubrir sus lagunas a partir de una pluralidad de textos del propio autor socorrido —como hace en este caso con Locke (p. 112), Hume (p. 125), Kant (p. 165) y Marx (pp. 247-267)— tiene también la impronta de su estilo analítico.

Como no podía ser de otra forma, Cohen, al poner a los clásicos bajo la crítica de la avanzada filosofía analítica del siglo veinte, no deja títere con cabeza. Toda construcción teórica tiene grietas y es potencialmente reducible a escombros pero, centrarse solo en ello, puede tener el riesgo de silenciar lo valioso y reconocido que hay en esas voces. Las extensas disquisiciones en las que, por su propia naturaleza, cae la filosofía analítica hacen que, en muchos casos, y este libro no es una excepción, el estilo de escritura sea intrin-

tos, sus consideraciones sobre el carácter socialista o feudal de la *Política* de Aristóteles (pp. 54-56) o sus disquisiciones en torno a la tesis de la auto-propiedad (bautizada así por Cohen) de Locke responden a este carácter marxista del autor.

¹⁰ Cohen no es solo dialéctico sino también marcadamente polémico. Para él, la búsqueda de la razón en filosofía no puede permitirse el lujo de exigir a los que la practican un escrupuloso respeto entre ellos. Consecuentemente, el autor no tiene reparo alguno en afirmar que Kant “hace trampas” (p. 166), que Aristóteles aporta argumentos “absurdos” en contra del comunismo (p. 58) o que cierta premisa de Hume es “repugnantemente conservadora” y “estúpida” (p. 126).

¹¹ Así, su presentación de cada pensador suele ir acompañada de la contraposición con otro de ellos. Los presofistas son discutidos por los sofistas y estos a su vez por Sócrates y Platón; Hume critica a Locke; Kant da sus primeros pasos teóricos en oposición a Tomás de Aquino (1224-1274); y Hegel reacciona contra Kant.

¹² WRIGHT, *Interrogating Inequality: Essays on Class Analysis, Socialism and Marxism*, pp. 181-191.

cado y complejo o que las conclusiones arduamente alcanzadas a veces parezcan banales. Además, puede perderse de vista el conjunto de una obra e, incluso, que se ignore lo que hace a la teoría política un campo de conocimiento atractivo. Las lecciones de esta obra con un estilo más fresco, más alejadas de la ortodoxia analítica, donde se da cuenta con mayor amplitud de la obra de un autor señalando su relevancia y su relación con el contexto histórico, descrito con riqueza y acierto, como las de Platón, Hegel y Nietzsche, son justamente aquellas escritas en los años sesenta, cuando Cohen era todavía un veinteañero recién aterrizado en la docencia filosófica. Al entablar en muchos de los capítulos una discusión con los clásicos no mediada ni por una bibliografía secundaria amplia ni por el contexto histórico, Cohen se abalanza —bajo mi criterio— con demasiada contundencia sobre el pensamiento pretérito¹³.

Nos encontramos, por tanto, ante una obra no apta para todos los públicos. Estudiantes poco familiarizados con el método analítico y con la obra de estos clásicos no sacarán demasiado en claro de estos análisis. Sin embargo, los teóricos concedores con cierta profundidad de alguno de los autores concretos encontrarán en estas páginas una mirada original y desconocida; otra perspectiva desde la que observar un objeto del que quizás pensaban que ya sabían todo. Seguramente esa sea la riqueza de este experimento de dos fases que, primero, consistió en mezclar la filosofía analítica con el marxismo allá por los años setenta y que después, y en este libro póstumo, combina el marxismo analítico resultante con el estudio de los pensadores clásicos.

PEDRO LÓPEZ HERRÁIZ

¹³ Quizás el más claro ejemplo de esto sea la lección sobre Hobbes, donde no se tienen en cuenta las valiosas reflexiones realizadas en el siglo veinte sobre tal obra (recuérdese, por ejemplo, lo escrito por Carl Schmitt [1888-1985], Crawford Brough Macpherson [1911-1987], Michael Oakeshott o Quentin Skinner) ni se menta la reconocida influencia que los avatares históricos de la convulsa Inglaterra del siglo diecisiete tuvieron sobre su vida y, en consecuencia, sobre su obra.